



## XLVII.

LETRA Y MÚSICA DE FRAY JOSÉ.

Aquel día, 24 de Septiembre, en que Velázquez se mató, mientras Flon corría y Sergio agonizaba, las campanas de la ciudad de México tocaban más de lo regular. Marcaba el calendario la Virgen de las Mercedes, fiesta celestial, que pedía repiques. Los de la Iglesia de San Diego se distinguían de los demás por una especie de sonoridad inteligente. No en vano Fray José añadía las funciones de campanero a las de subdiácono por vocación extraviada. Nada tenía él de común con esa clase vulgar de tañedores que baten mecánicamente el bronce como pudieran varear alfombras en las azoteas. Pulsar la campana como un instrumento músico, dar al toque cierta expresión correspondiente a estados

afectivos, impresiones vagas, ideas flotantes. . . . era lo propio de Fray José.

Sin facultades para predicar ni confesar, pobre clérigo de órdenes menores, le faltaba la expansión saludable que sus exuberancias de apóstol hubieran podido encontrar en la sagrada cátedra y en el tribunal penitenciario. Las indignaciones contra el pecado se le exaltaban con la obstrucción. Acabó por ver en la ciudad de México una segunda Gomorra digna de fundirse en la resina hirviente de sus calles recién asfaltadas. Le irritaban aquellos pujos de embellecimiento que divisaba desde el campanario. Fachaditas con bustos en cueros, modelados por maestros albañiles, como las cariátides de abajo; adesios en bronce como los *indios verdes* de la Reforma y los leones del Mirador de la Alameda. Ramplonadas caras que costaron . . . . “¿Y a mí qué me importa lo que hayan costado a la nación?. . . . *Procul negotiis!*” clamaba el padre, con la angustia de no poder hacer un sermón sobre “las disimulaciones artísticas de la avaricia.” Al revés de los místicos tartufos, Fray José detestaba la mímica; consideraba la hipocresía como uno de los polos de la perversión mexicana, cuyo polo antípoda consistía en grosero cinismo. Decía. . . . Pero ¿qué había de decir en

claro, con la boca tapada? Los cánones son implacables. . . . “Nada de confesonario, nada de púlpito. Calle el subdiácono Fray José!”

Forzado al silencio, iba a hacer sus prédicas ideales en el campanario, a golpes de badajo. Allí, sintiendo agitarse a sus pies la ciudad corrupta, el padrecito se transfiguraba. Era como uno de aquellos visionarios de la antigüedad bíblica que veían muy hondo, en un dorado presente, las causas secretas de la ruina final. Isaías descargando sobre Jerusalén maldiciones parabólicas. Las parábolas de Fray José se desplegaban en batir de alas metálicas, tomaban por acaso la forma de *sentencias* murmuradas, más que dichas, entre retumbos sonoros, al oído de imaginarios penitentes. Cuando aquel día llegó a la Iglesia de San Diego la noticia trágica que recorría la ciudad, Fray José conmovido sintió ansias de derramar su espíritu en repiques. Se acercaban las doce. Subió los toscos escalones del caracol, recogándose la sotana hasta la cintura. Unos instantes, al nivel de una rendija, se detuvo para echar una ojeada inquisitiva a la casa contigua, la de las Cariátides, judicialmente clausurada. Ya no más caballos piafando en el patio, ni visitas presurosas, ni cortesanos solícitos, con coche a la puerta. Ya no ruido

de platos, ni aquellos hervores preparatorios que turbaban con tentaciones de banquete la castidad estomacal de Fray José. Cándido ausente andaba por Belén, demostrando su cándida inocencia al comprar los cuchillos. Sólo quedaba junto al cancel, bajo una de las pétreas cariátides, un gendarme apostado, en son de guardar a una finca criminal. Más acá, Tomasa ociosa, viuda de su brasero, dormitaba en cuclillas, la cara encajada en la palma, el codo en la rodilla; empotrada al parecer en la escalinata como viva cariátide.

—*Quantum mutatus ab illo!* murmuró el fraile. Casa maldita! También ella se ha suicidado.

En el campanario una lengua metálica comenzó a agitarse. Tan, tan-tin,—tánn! Era la “flaca.” Fray José espaciaba los golpes de badajo, según tiempos y medidas de propia inspiración. Dos notas breves, un corto silencio, una apoyatura seguida de largo silencio, otra nota aguda, y vuelta a empezar. He aquí los balbuceos del subdiácono en los toques pausados precediendo a las doce: “Os la voy a decir ¡oh gentes de abajo!. . . Los del Portillo a la Mariscalá,—los del Mirador y Puente de San Francisco,—os la voy a decir—la nueva del día y de la hora.—Atención! Allá va!”

El fraile pasó de la flaca a la gorda y empuñó el badajo mayor. . . . Tón!—tón!—tón!. . . hasta doce. A cada golpe le daba la expresión de algo consumado, irremisible. “Fué.—Sucedió.—Murió.—Se mató:” Los toques fueron desarrollándose *in crescendo*, sacudidos con acentuado vigor desde el décimo, fingiendo la detonación, seguido del oncenno hueco y grave como un ronco grito, hasta el toque final, en cuya prolongada estridencia se expresó el desplome del cuerpo y la fuga del alma.

Siguió el repique, pero no en honor de la Virgen de las Mercedes, como la iglesia lo mandaba; sino por el suceso del día en gárrula andanada de raudos estrépitos con la “chiquilla,” lanzada a vuelo para pregonar el comentario. Una algarabía escandalosa en que resonaban maldiciones proféticas.

—“Ay de tí, ciudad de esbirros y sicarios!”

Ejercía el fraile su providencia sobre los cómplices de Velázquez. Los veía salir impunes de Belén. Poco a poco el mal se extendía; la ciudad se poblaba de tropas lobunas; acudían de todos los ámbitos del país las recuas humanas degenerando en camadas.

—“Hasta que nos barra el yankee fiero!”

Así clamaba, con el badajo, aquel Isaías de torrecilla.

Por la tarde, la casa de las Cariátides se animó; abriéronse puertas y ventanas; llegó el dueño, llevado en andas, metido en un cajón con amarres de plata. Lo tendieron en el salón, entre ocho cirios. Cerca estaba el diván rojo, destinado a voluptuosos enlaces: en los muros, ninfas y faunos se debatían interminablemente. Conjunto y detalles, todo guardaba el sello del gozador parrandista. Sólo en la alcoba los dos trajes de desposada, el negro ostensible, el blanco arrumbado, proclamaban el drama nupcial.

Entre los papeles que dejó el suicida en su cuarto de Belén se encontró un documento de legado universal de *sus bienes para los pobres*. Por ende, la clase de los Arnulfo y de los Milánés, toda la bohemia indigente de la ciudad de México, heredaban la finca mortuoria, *bien* principal del testador. Pero ¡pobres de los pobres! Se encontró luego un testamento precedente, con más títulos colorados en favor de la novia. El último legado resultaba un “timo” a los pobres. La ficción sobrevivía al gran fingidor policiaco que pagaba el rescate de su alma con moneda falsa.

Venía la noche, y a favor de la sombra, el res-

plandor de los blandones de cera se proyectó en la Rinconada. Atraídos por el rumor “está tendido Velázquez,” los vecinos acudían. Al punto que en la torrecita de San Diego sonaron los preludios de la “oración,” un grupo de contemplativos se formó en la acera, bajo los brazos en arco de una cariátide. Poco a poco nuevos ciudadanos mal perjeñados llegaban y se detenían, la nariz en alto, la boca entreabierta.—Tónn, tónn, tónn. . . prorrumpió Fray José tocando el ángelus.

De memoria de una vieja portera de la Rinconada, jamás se vió tanta gente en aquel callejón sin salida, de ordinario desierto. Eran vagabundos, rateros, ebrios, mendigos, toda suerte de estropeados físicos y morales. Eran los *pobres* de la ciudad que venían a ver *su* casa y a olfatear el cadáver del muerto donador, cuya disposición testamentaria, firmada en Belén, había repercutido en los barrios. Pero los *pobres* no podían entrar, mantenidos a raya por el férreo cancel. Sólo un momento lo abrió Tomasa para dejar pasar a una joven enlutada.

Después de la oración, el repique se prolongó de modo extraño. No era difícil observar que el subdiácono se entregaba a fantásticas tocatas. En buena hora que “la gorda” emitiese sonos

lastimeros con un ritmo lento. . . . Eso equivalía a doblar por el muerto de abajo. Pero ¿qué significaban aquellas campanadas jacarandosas lanzadas de repente, sin tón ni són, con la “flaca” y la “chiquilla?”—Carillón de opereta alternando con trágicos tañidos; risas y suspiros; alma vibrante de campanero derramándose en bíblicas sentencias.

“Murió el pecador; pero vive el pecado. Tras de la cruz de un muerto sigue el diablo vivo. No siempre acaba la rabia con el rabioso. Lobo muerto no hace muerta camada.”

Abajo, en el patio, la joven de negras ropas, conmovida con el campaneó, elevó su voz hacia la torre:

—Campanero! ¿por quién tañe  
Tu campana vocinglera?

—¿Qué dice?—replicó el padrecito; y como la respuesta tardara, prosiguió sus dobles, impregnados de ironía.

Otra vez la joven, pegándose al muro, lanzó su acento chillón de tenaz neurópata:

—Campanero, ¿por quién tañe  
Tu campana vocinglera?

Al fin el subdiácono, bajo el contagio lírico que ascendía, señalando a la multitud miserable

agolpada junto al cancel, echó el segundo hemistiquio de redondilla:

—Por los *pobres*; no le extrañe,  
Que se quedan en la acera.

—Niña Elvira, véngase a rezar! gritó de dentro Tomasa.



## XLVIII.

### LOS ENTIERROS.

Al otro día (25 de Septiembre), fué el entierro. Señores "de la mejor sociedad," entre quienes no escaseaban "padres de la patria," es decir, diputados y senadores e "hijos de la patria" simples covachuelistas, "secretos" y otros ministriles, formaron negro pelotón ante la de las Cariátides. Acto continuo, se dejaron llevar en wagones de discretas cortinillas escoltando al féretro del suicida hasta el Panteón del Tepeyac.

Una conseja popular, tan arraigada como la del asesinato del padre Tortolero por el Inspector, se ha obstinado en contar que aquel cortejo de enlutados se movía en pos de un maniquí, simulación macabra de un suicida hipotético cuya real personalidad vivía fugitiva.

Dejemos al pueblo, niño grande, que se divierta en tragar grandes ruedas de molino; dejemos a los graves enlutados en la montaña fúnebre del Tepeyac; dejemos sus chisteras y levitas cruzadas inclinarse ceremoniosamente ante la fosa donada a perpetuidad al ex-Inspector, en nombre de la villa guadalupana agradecida. . . . Y vamos a la 4ª calle de Santa María la Redonda para asistir, desde su punto de partida, a otro entierro, modesto en verdad, sin conductores de sombríos arreos ni caballos empenachados. Entierro pobre y rápido, como correspondía a un médico de comisaría, víctima del horrible tifo. . . . No hacía veinticuatro horas que había sucumbido el Dr. Esteban Sergio. Pero urge que los apesados se vayan de prisa al hoyo. Los vecinos lo piden; la autoridad lo exige. . . . Ah sí! Hay que hacerle justicia a esa buena autoridad. Ella, que tanto se resiste a declarar que un servidor público está gravemente enfermo y en imposibilidad de trabajar, muéstrase en extremo diligente para que se lo lleven bajo tierra.

Es lo que consideraba Pedro Flon recordando sus penosas correrías en busca de médicos firmantes. Odisea inútil! Un brusco e intenso colapso eliminó a Sergio de la vida y del presupuesto, en la madrugada del 25.

A fuerza de súplicas, pudieron Pedroza y Flon obtener en el Distrito que se le diese una "paga de marcha" reducida a la primera quincena del mes siguiente o sean cuarenta pesos destinados a pagar sus últimas deudas, más una fosa de infima clase y tiempo limitado en el panteón de Dolores. La perpetuidad del subsuelo mortuorio está reservada a la grandeza.

Los muertos chicos van aprisa. No tanto por las precauciones antisépticas que los rodean, como porque la marcha del féretro no se retarda con las manifestaciones de la vanidad enlutada.

—"Aprisa!" dijo un conductor de gorra a un cochero de sombrero ancho. Al zurriagazo, las mulitas emprendieron su carrera hacia el Zócalo. Era un wagón de segunda para los pocos dolientes: raros médicos y practicantes de comisaría, entre quienes figuraban naturalmente nuestros Pedroza y Flon. Habían surgido a última hora, en los otros, buenos sentimientos de simpatía compasiva por el difunto, e iban a expresarlos en el convoy, con sus levitas negras salpicadas de sangre y permanganato. ¿Cómo había de faltar Elvira Resendis? Poco le importaba ir sola entre varones, a ella, quien, con su nueva vida estudiantil, había abatido los tabiques convencionales que separan los sexos.

Tras del período de excitación vengadora, su histerismo evolucionaba hacia la melancolía, la hacía solazarse en las expediciones fúnebres; mucho más, cuando la pobreza del ceremonial daba libre vuelo al sentimiento.

Arrebujada en su tapalito, en un rincón delantero, permanecía inmóvil, entregada a contemplar los contrastes de la vida y de la muerte cada vez que el carrito fúnebre luchaba por abrirse paso a través del movimiento creciente de la ciudad central, por Santa Clara y Tacuba, hasta el Zócalo. Allí el muerto y su cortejo enderezaron el rumbo hacia el campo-santo.

—“¡A Dolores!”

Serían las cinco de la tarde cuando el wagón verde de los enlutados corría tras del ataúd por las calles del Refugio y Espíritu Santo, rebosantes de pedestres y vehículos.

En aquella tarde del fin de Setiembre las nubes en huelga omitieron su ordinario regadío vespertino. De allí que “todo México” se echara a las calles del circuito elegante. Confluían los tipos disímbolos, “catrines” y “pelados,” charros floridos y yankees escuetos; la española ondulante tropezaba con la enhiesta *lady* chicaguense. En la esquina del Coliseo gentes de co-

leta y chaquetín alternaban con pelotaris y artistas tanderos.

—¡Ole los del Camposanto!

—¡Viva la corrida de Josafat!

Saludos irónicos a la sencillez del morir . . . . Hubo un tiempo en que se llevaban plañideras al entierro; el modernismo tiende a sustituirlas con bufones . . . . Volviendo a la derecha, por vía insólita, la de San Juan de Letrán, el convoy fúnebre desembocó por la Avenida Juárez. Desfilaba el “todo México” que rueda. No había hijo de vecino, capaz de instalarse más o menos decentemente sobre un sistema de ruedas que no saliese a rodar en dirección a Chapultepec. Rodaban pobres y ricos, honestas damas y meretrices. Rodar económico de ciclista, rodar bamboleante de calesín a tiro de jamelgo, rodar solemne de carroza . . . . todos los rodajes paralelos, confundidos por el nivel igualitario de la calzada pública. Aquella tarde, la vida aparecía por su moderna faz, como una lucha por la rueda. Rodaban los médicos, embutidos en sus cajas de exhibición profesional. Rodaba Birján en una victoria que no le pertenecía más que a medias: había pagado la mitad con el producto del azar en una noche de buenas; la otra mitad, pagadera a plazo ya vencido, se había disipado



en una noche de malas. Rodaba Carriles en un *trois-quarts*, cuyo pago había caucionado su suegra Doña Anacleta, la cual no le había cedido el uso más que a condición de proveer cada día al *gasto* conyugal con veinte pesos ganados en visitas. Como el cumplimiento de la condición faltaba diariamente, tocaba a Doña Anacleta sufragar por el coche y por el *gasto*. Causa era aquello de que Carriles fuese preocupado, al parecer por la ciencia, en realidad por la amenaza que una madre demasiado política le hiciera de suprimirle el rodante usufructo. Rodaba Penequez, en cupé, leyendo devotamente no se sabe qué libro de oraciones. Rodaba el práctico Pinillos quien, con la empírica incertidumbre de obtener el empleo del difunto Sergio, había se apresurado a armarse de carricoche, al crédito. Y echando chispas con la pedrería de su anillo y demás dijes rodaba Gordete en un faetón que le permitía exhibirse de cuerpo entero.

En la glorieta de Carlos IV, la vida y la muerte se separaron. El médico muerto se desvió por Bucareli, mientras los vivos la emprendían por la calzada de las vanidades, apellidada en un tiempo “del Emperador” (Maximiliano I), después “de la Reforma.” ¿Qué importaba a los *queridos compañeros* que se fuera a la tumba uno de entre

ellos, víctima del oficio? No ganarían clientela con hacerse ver en su séquito.—Arrea, cochero! Los muertos pobres van aprisa . . . . En la calzada de Chapultepec, el carro de Sergio alcanzó a otro convoy todavía más pobre. Era el carro de “los insolventes” destinados a la fosa común. Pintarreado de negro, carromato más que carro, érase un furgón de carne humana, transportada gratis, con malos empaques. En la cubierta, iba un hombre que, sin duda, no había cabido en la plataforma, ocupada por el fúnebre auriga y un muchacho encargado de flagelar a las mulas, como los antiguos *sotas* de diligencias. Tendido boca-abajo, en equilibrio inseguro sobre el techo plano, el hombre sacaba de vez en cuando una botella y echaba un sorbo.

Era el muertero Chon del Hospital San Pablo. La hermosa tarde le convidaba también a rodar hacia el sol poniente; y rodaba como podía, encima de sus autopsiados. Cerca ya del cementerio, saludó el arribo con un trago a boca de botella y un trozo favorito de fuente zarzulesca:

A beber! a beber! a beber!  
La espuma del licor . . . . .

Y fué saliendo del negro furgón toda aquella

humanidad hacinada. Había aristócratas relativos con cajón barnizado, guarnecida la tapa de cruz de hoja de lata; otros a la ligera, entre tablas en bruto, mal liadas con cuerdas, a falta de cerraduras. Más modestos, los descajonados disimulaban su desnudez bajo una sábana o con simples andrajos. Unos y otros iban bajando a la fosa común, precipitados por los enterradores, en capas alternantes de carne y tierra, a golpes de pala.—También Chon paleteaba.

A corta distancia, entre las tumbas pobres de 5ª clase, enterraban a Sergio. El cortejo de raros dolientes se apresuró a disolverse en silencio. Nada de oraciones fúnebres. ¡Es tan vulgar eso de que un médico muera de tifo contraído en el perro oficio, que no había gran cosa que decir! Sólo Pedroza, Flon y Elvira Resendis, permanecieron junto a la fosa del médico en grupo pensativo. . . . Los pensamientos se expresaron: ¿No habrá una lápida para recordar a nuestro amigo?—¿Quién se la ha de poner?—Sólo nosotros. . . .—Estamos tan pobres que ni para una de cantera. . . .

Desviándose de allí, se encontraron con amargos contrastes ante ricos mausoleos. Mármoles y jaspes les pregonaban glorias póstumas en honor de agiotistas banqueros. Pero Elvira,

toda sentimiento, no estaba para consideraciones sociales. Aquellas calles de túmulos, cipreses suspirantes y plañideros eucaliptus, la inclinaron a las postreras languideces.

“La rosa blanca es una flor tan triste,  
Hay en su palidez tanta amargura”. . . .

Así devanaba a Camprodón, en presencia de unos corolas que ni eran rosas, ni eran blancas. Y viendo la hojarasca y otras basuras barridas por el viento, se echaba sobre Grilo:

“Decidme lo que canta la hoja seca  
Cuando pasa rodando por las tumbas.”

Como Pedroza y Flon, distraídos de su tristeza por estas salidas poéticas, no pudieran menos de subrayarlas con risillas, Elvira se apartó de ellos, exclamando con el acento de una Ofe-  
lia inconsolable:

“Sólo en la paz de los sepulcros creo.”

Se fué hacia el sitio de las fosas comunes adonde acababa de llegar otro furgón mortuario. Afanosos los enterradores abrían un nuevo hoyo para la nueva remesa. Ayudaba Chon, azada en mano, disfrutando de un ejercicio que le permitía aligerarse del alcohol con sudores profusos.

—Oye, Chon! ¿Dónde enterraron al padre?

Inclinada al borde de la fosa, Elvira dirigía su pregunta bajo la obsesión de un *alma en pena* y un cuerpo mal sepultado. De todas las obsesiones que pueden afligir al neurópata, pocas tan fuertes como la de sepultar dignamente a un malsepulto. Dormido, le ve en pesadilla; despierto, *se le aparece*. . . . siempre el mismo acreedor implacable de una tumba. Sentimiento naturalista que retiene largo tiempo a la orilla del mar, en expectación ansiosa, a seres normales, dolientes de un ahogado. . . . De ese sentimiento está llena la antigua Literatura. Las mejores partes de la Iliada rebullen al rededor de cadáveres cuya honrosa incineración disputa el afecto de unos al desprecio de otros. Menelao, Ajax, el mismo Aquiles, nunca se muestran tan bravos como cuando se trata de defender a Patroclo ya cadáver. ¡Hasta los caballos del divino Aquiles gimen sobre esos restos insepultos!

Lo cuenta Homero. Mentiras sublimes; sollozos animales, no menos humanos que los de la viuda y la madre de Héctor frente a su cadáver arrastrado.—Andrómaca, Hécuba, inmortales plañideras de insepultos queridos. . . . Ninguna tan intensa como Antígona. En ella fijó

Sófocles el tipo de la pasión amante que sobrevive al ser amado, vela por el honor y el reposo perdurable de sus restos. . . . Bajo penas severas, ordena el tirano Creón que se niegue sepultura al rebelde Eteocles, cuyo cadáver yace fuera de Tebas, abandonado a los carnívoros. No hay más que una transgresora: Antígona, que sale a cubrir con tierra el cuerpo de su hermano. Condenada, por una extraña ley taliónica, a morir sepultada viva en una cueva, se adelanta al suplicio ahorcándose allí mismo.

—Aquí no más, al ladito, fué donde echamos al padre, respondió Chon, dentro del hoyo.

—Es decir, que si escarbaras un poco por allí, lo hallarías! Y lo enterraríamos solo, en tumbita aparte. Andale Chon! . . . Que me lo halles.. Te daría! . . .

—¿Qué me daría, niña? ¿Algo para mi pulquito?

El muertero se puso a cavar al lado, llamó en su ayuda a otro enterrador. Parecían mineros persiguiendo una veta.

—Yo lo conocería al padrecito por los zapatos. Aquí hay pies. . . . No; no son! A ver si aquellos. . . .

Una ráfaga hedionda subió de aquel viejo ha-

cinamiento removido. Aparecieron cráneos desnudos, brazos y piernas pudriéndose en confusa mezcla, manos y pies descarnados como garras de momia.

—¿No es éste? ¿y éste? decía Chon tirando de una y otra tibia. . . . —Tampoco éste; tiene muchas puñaladas, parece ser Arnulfo Arroyo.

—Escarba, escarba! gritó Elvira, la garganta hecha nudo.

—¿Acabaremos! increpó un guarda del cementerio, irritado de ver que empezaba a pardear, sin que se vaciase el furgón.

—A otro día, niña. Ya buscaré mañana por otro ladito, exclamó Chon saliendo de la fosa.

Descendió al fondo la carretada de “insolventes,” huéspedes gratuitos del subsuelo, destinados a próximo lanzamiento por el Estado sepulcralero.

Alejóse Elvira expresando en carcajada mal reprimida un amargo escozor. La muerte se le acababa de presentar tan miserable e irónica como la vida. Atormentada por la obsesión sepulcral de Antígona, no encontró al muerto. . . ni siquiera una cueva donde extrangularse con sus desengaños.

En las entrañas de la tierra vió reproducirse

el desorden de la superficie: unos aglomerados en estrechez horrible, otros adueñándose de amplios espacios con beatitud decorativa.

A la puerta del cementerio la esperaban Pedroza y Flon. Retrasados a causa de ella, habían perdido la corrida de 6 h. 30 m. Decidieron irse a pie para tomar la directa en la parada de Chapultepec.

Silenciosa la joven siguió a sus compañeros que también callaban, melancólicos. La noche invadía el llano, por donde los tres atravesaban. Allá, hacia el Oriente, un vago resplandor se levantó de la ciudad que comenzaba a iluminarse.

¿Cómo pudo Elvira leer, en aquella luz, la futura conflagración de la tierra, la chamusquina de la paz mexicana, gracias al desenvolvimiento de las camadas chichimecas? Videncia extraña, elaborada en su alma de histérica, por el influjo pesimista de sus dos compañeros. Uno y otro le transmitían en silencio los tenebrosos presentimientos de sus amarguras unidas.

Volvió la vista atrás, hacia el panteón envuelto en la sombra... ciudad muerta tan intranquila como la viva. El padre Tortolero perdido para siempre en la fosa común; Sergio se perdería también dentro de poco. Boztezó con uno de sus

bostezos nerviosos, anunciadores de una crisis poética.

Toda su amargura se condensó en una paráfrasis con que rompió el triple silencio:

YA NI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS CREO!

FIN.



## INDICE.

	Págs.
Prólogo.....	4
I. En la Sección Médica de la 5ª Demarcación.....	5
II. La Policía y la Política.....	11
III. Un ebrio auxiliado.....	15
IV. Cómo empezó una "mala noche".....	20
V. Cómo acabó la mala noche.....	33
VI. La ración de muertos.....	53
VII. En el "Anfiteatro".....	71
VIII. En la casa de las Cariátides.....	103
IX. El despertar de una histérica y de un "crudo"...	122
X. Intermedio de Box.....	131
XI. Una flor y una trompada.....	135
XII. Las fuerzas de arriba.....	145
XIII. Elvira Resendis arranca en verso.....	167
XIV. La demencia oficial.....	177
XV. En busca de eminencias.....	195
XVI. El eminente Don Antón Penequez.....	217
XVII. "De dormida".....	227
XVIII. Un caso de desdoblamiento.....	231
XIX. Dos compadres.....	245
XX. En los limbos del crimen.....	259
XXI. En que Arnulfo Arroyo echa la "loa" y Flon una epístola.....	271